

Cuenta hasta diez



Isabel Garzo

Cuenta hasta diez

© 2010 sobre los textos: Isabel Garzo Ortega

© 2010 sobre las fotografías de cubierta: Ramón Franco

© 2010 sobre el prólogo: Marcos Andrés

© 2010 sobre la ilustración del imprimatur: Isabel Garzo Ortega

© 2010 sobre la presente edición: **INCÓGNITA**

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción, difusión o registro de esta obra o cualquier parte de ella sobre cualquier soporte o formato, sea éste mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético o fotocopia sin la autorización expresa de los propietarios de los derechos.

Diseño y maquetación: Estudio Buen Suceso

Pedidos a:

INCÓGNITA

www.incognitaeditores.es

info@incognitaeditores.es

ISBN: 978-84-613-9276-6

Depósito legal:

Impresión gestionada por Vision Net

Impreso en España. Printed in Spain.

1ª edición: abril de 2010

Prólogo

Acabo de terminar los sesenta y cinco relatos que forman este libro y tengo la sensación, la dulce sensación, de haber estado en buena compañía. Cuando digo buena compañía me refiero a esa que no pesa, que no exige pactos, que no pone condiciones, que te deja estar, que está cuando susurra, o incluso cuando cierras el libro y el silencio resulta lleno de sensaciones. Y no, no me ha dado pena haber terminado Cuenta hasta diez. Eso no sé si pasa muy a menudo. Me explico. Hay veces en las que te da pena terminar una novela porque sabes que aunque la releas una segunda vez, nunca la vivirás igual. También te da pena por una cuestión práctica: la certeza de que hay muchas novelas por leer, poco tiempo para disfrutar de la lectura, e intuyes que será difícil que vuelvas a leerla (la relectura es un bien escaso, no nos engañemos). Una novela que te atrapa también es una buena compañía, pero es una compañía exigente. Hay de fondo un todo o nada, un si me comienzas me acabas, un conmigo o sin mí. Esas cosas forman parte de la idiosincrasia de una novela. En cambio Cuenta hasta diez tiene el aura de una compañía incondicional; la belleza y la humanidad que se pueden concentrar en unas pocas líneas, en unos minutos de lectura, sólo se pueden encontrar en libros de relatos como éste. Tienes la sensación de tener en las manos un libro de libros pequeños, trozos de mundo, pinturas en movimientos que insinúan cientos de direcciones, quizá una para cada lector. Por eso es una buena compañía, y quizá también por eso éste es uno de esos libros que, cuando los terminas, no los dejas muy lejos de la vista. Puede incluso que esté durante meses pululando por la casa, sabes que sólo tienes que estirar la mano y abrirlo al azar. En un minuto

estarás dentro de una historia, de un mundo, de una mente nueva; cuenta hasta diez, y habrá merecido la pena comenzar.

A veces apoyándose en figuras poéticas, casi como excusa para introducirse en su mundo sensible, Isabel Garzo nos conduce por el amor puro y poderoso de los olvidados, de los no vistos, de los que anhelan en secreto pero con total determinación. A través de la palabra la figura del no deseado se convierte en un gigante que levanta del suelo su enorme poder seductor. La escritora también se introduce, en textos como La vieja Olivetti o A la segunda, en el mundo de los objetos que cobran vida a través de nuestra fantasía. Los fantasmas, los sueños o el espíritu del narrador entran en los objetos hasta hacerlos independientes, en una suerte de diálogo con uno mismo a través de todo lo que nos rodea. De repente el bolígrafo del bolso cobra independencia, se quita el capuchón y escribe: "siento rabia por no tener cosas que en realidad no quiero".

Algo que llama la atención, a medida que uno pasa las hojas, es ver cómo la voz del narrador alterna entre el masculino y el femenino. En Noviembre, por ejemplo, se tiene la sensación de estar viendo tras los ojos de un hombre sensible y artista, hasta el punto de que se pierde el género y el narrador se convierte en un equilibrista que avanza por la cuerda del sexo, sin caer a uno u otro lado. Pero quedaría cojo este prólogo si no anunciara que en muchos de estos relatos rezuma una feminidad exuberante y sensual, el deseo animal de la entrega, tan imposible y tan real como un cuerpo que brilla y se siente lleno de estrellas.

Cuenta hasta diez es un libro lleno de anhelos, de los pequeños sueños que nos acompañan despiertos por las calles y que, de una manera sutil y constante, llenan lo cotidiano de lo que realmente somos: brillos entre las sombras. Este libro grita: tarde o temprano, la verdad siempre es mejor. Esta joven escritora demuestra, con una prosa poética y directa, hasta qué punto un libro es un encuentro; por qué la compañía de un reflejo, a través de la escritura, dulcifica y engrandece esos incontables momentos en los que el rugir del mundo nos deja solos con nuestras sensaciones.

Isabel Garzo *salva con solvencia recuerdos que tienden a esfumarse entre los pitidos y los semáforos, llevándolos al mundo de lo inolvidable.*

Marcos Andrés, vocalista de *Vinodelfin*
Barcelona, enero de 2010

Índice

∞.....	15
Comienzo.....	20
Las musas son otras.....	21
Pétalos impares.....	22
El país donde las cosas funcionan.....	24
La ninfa que no sale en el cuadro.....	25
Tiritas.....	27
Cosas que nos decimos.....	28
Un vestido verde.....	30
Cuenta hasta diez.....	31
Noviembre.....	32
La vieja Olivetti.....	33
Ramblas.....	36
A la segunda.....	37
La felicidad.....	45
Lianas.....	46
Sesión 17.....	47
Manos de paja.....	49
¿De qué estás hecho?.....	52
Conversación.....	54
Yo no juego con niñas.....	56
La bondad y la inercia.....	59
Sesión 23.....	61
Sesión 24.....	62
Romper el ruido.....	64
Rutina.....	66
Una mano en Marrakech.....	67
Tiza.....	69
Bicho raro.....	71
Le contaré que le soñaba sin conocerle.....	75
¿Cuántos somos?.....	76

Se hacen excepciones.....	78
Te cuelo detrás.....	79
El día que conocí a Berta.....	80
Támesis.....	82
La sed.....	84
Mapa.....	86
Tren.....	90
Sueño ajeno.....	92
¿Vuelves?.....	95
Paula despierta.....	97
21 minutos y 42 segundos.....	100
Caracol.....	103
Abrir puertas con zapatos.....	106
El grito en la boca amada.....	110
Conozco un sitio.....	112
Diez meses sin Ernesto.....	115
Elección.....	124
Cebollas.....	125
Nudos.....	127
La verja.....	128
Hay un jersey en la farola.....	131
Monstruo.....	133
Hoy no.....	134
Tragi-tragedia.....	136
Egoísta.....	138
Las cosas que no son.....	140
Caja de madera.....	142
La foto que no hice.....	151
Espejos.....	153
En manos de una niña.....	154
Mi nombre era la segunda opción.....	156
El arte de ver.....	157
El lago.....	159
El último miércoles.....	171

I

—Aquí parece más difícil morir —dijo Carlos mirando a un cielo que no veía, a una oscuridad que le decía que ahí debía haber un cielo.

—¿Qué quieres decir?

—Eso, que estamos aquí tumbados y no hace frío ni calor, ni hay nada cerca; la hierba seca te pica un poco, pero por lo demás ni te acuerdas de tu cuerpo. Parece más difícil morir.

Los dos amigos se quedaron en silencio, contemplando esa noche que no les pesaba, esperando a que llegara él para volver a escuchar esas historias, o quizá para pensar en sus cosas y no escucharlas, pero había algo en su voz que les hacía sentir que formaban parte de algo importante.

Aquel día, Faustino se retrasaba demasiado.

II

Si viera a ese caballero con traje de chaqueta y con grandes ojeras enmarcando su mirada triste sentado a mi lado, no le reconocería. Seguramente apenas le prestaría atención unos segundos. Así que miro mi reflejo en la ventana del autobús (no llega el tren a Villalcaño) y no puedo creer que sea yo quien proyecta esa imagen. Yo, Tomasito (era inevitable que alguien cambiara la ese por una te bochornosa), Tomás, el de la bici roja. Ese reflejo parece una broma de mal gusto, un

chiste. Un chiste desafortunado que no sólo no consigue hacerme reír, sino que me llena de vergüenza. Propia y ajena, completa.

Me entretengo contando de cuántas formas distintas podría morirme en este mismo instante, actividad que convertí en una costumbre hace mucho tiempo. No fue idea mía, sino de un mocoso con cara de estar hablando con cualquiera que no estuviera presente, cuyo nombre no recuerdo. Siempre pensaba en lo fácil o difícil que era morirse en cada sitio.

Había pedido la tarde libre en vano. Iluso de mí, creí que me sería más fácil retroceder, decir Diego donde había dicho digo, o al revés. Pero la vida no siempre está dispuesta a repetirte historias a las que no prestaste atención.

III

Aquella mañana de jueves (exageradamente dilatada, pesada y gris, como todas de un tiempo a esta parte) alguien habló del infinito. El tema sobrevivió unos instantes en el ambiente, agonizando en un entorno de papel desperdiciado una y otra vez, de errores informáticos y teléfonos que comunican, chillan y vuelven a comunicar. Fue sólo un momento, un suspiro. No duran mucho esas ideas en un entorno así. La palabra acabó en la papelera, donde el destino quiso que yo me encontrara con ella. Y dos encontronazos fueron demasiados como para seguir ignorándola. Esa palabra quería que yo me chocara con ella esa mañana.

Leí el texto completo; no estaba mal. La autora, pobrecita, tenía aún demasiados sueños en la cabeza. La experiencia consiste en acabar con ellos uno a uno, y quizá en que vuelvan años después a ti, dosificados, relajados, como cubiertos de un polvo insistente, de ese que es imposible eliminar del todo. Así había vuelto a mi mente esa mañana lo que ocurrió en Villalcaño, a fuerza de insistir y de no desvanecerse aunque intenté pasarlo por alto. Ahí estaba el recuerdo sólido y palpitante de una historia tonta que me hizo pedir la tarde libre y coger un autobús por primera vez en años.

IV

En Villalcaño nadie sabía nada. “Murió hace unos años tras una larga enfermedad”, “se fue a Madrid huyendo de una amenaza”, “yo creo que andaba metido en líos de faldas”, “¿quién, el de la lechería?”

Lo cierto es que aquella noche del verano de 1978 nos extrañó que Faustino no viniera al campo de fútbol como siempre, pero hacía poco que nuestra edad había dejado de tener una sola cifra, así que no se podía pedir que la preocupación nos durara más de algunas horas. De la misma forma, la incomodo sensación de haber perdido una parte importante de nuestra rutina sólo nos duró hasta que encontramos la siguiente diversión. Los mayores estaban demasiado lejos de nosotros como para preguntarles (a esa distancia que no puede medirse en metros) y nosotros estábamos demasiado lejos de ellos como para merecer una explicación. El tiempo fue echando paletadas de tierra sobre todas las palabras que habían salido de sus labios durante tantas noches.

Nos encantaba que Faustino nos contara historias, pero no siempre le escuchábamos. La atención de un niño tiene sus límites, también la de los más soñadores. Yo sí solía escucharle embelesado, yo era el buenazo que pocas veces se atrevía a hacer nada que se saliera de lo correcto. Sentía demasiado respeto y admiración por casi todo. Pero algunos días mi mente necesitaba recordarse a sí misma que era un niño de diez años, y aquella noche me concedí el lujo de no prestar atención. Decidí abstraerme de sus palabras y permanecer simplemente tumbado, mirando al cielo, mirando las estrellas mientras pensaba en cualquier cosa banal, quizá algo que me había pasado aquella tarde con alguna de las niñas del pueblo o en las botas que estrenaría en el partido del día siguiente.

—Guau, qué pasada.

Era la voz de Carlos. Algo había conseguido apaciguarlo incluso a él, que siempre tenía algo que objetar.

—Ha sido increíble, ¿verdad? —me dijo Marta, la única niña que se encontraba allí esa noche.

—¿El qué?

—Todo. Lo que ha dicho Faustino de las estrellas, del infinito, de lo pequeños que somos.

—Sí —mentí yo.

Vi sus rostros maravillados mientras le daban las gracias. Parecía un mago que les hubiera desvelado un secreto, un truco impresionante con el que ahora todos ellos podrían maravillarse a otras personas.

Ésa fue la última vez que veríamos a Faustino, alejándose cojeando, habiendo dejado tras de sí la responsabilidad de esas ideas demasiado grandes en un puñado de pequeñas cabezas.

Todos se fueron con una sonrisa, yo me retiré con una vergüenza que nunca admití y que aún hoy me atormenta. Como si alguien hubiera apagado el televisor en el momento en que mi equipo lanzaba un penalti decisivo. Supe que me había perdido algo, pero nunca fui tan consciente como esta mañana, entre el ruido monótono de las teclas y las montañas de papel desperdiciado.

Esta mañana comprendí que me había perdido la escena más importante de la película, la que conecta todas las demás y hace que lo entiendas todo.

V

—Los muertos, cuando nadie piensa en ellos, se aburren.

De nuevo esa voz chillona de dos cifras recién estrenadas, con sus observaciones descabelladas y asombrosas.

Sigo mirando mi reflejo en el cristal del autobús mientras me pregunto si, con su última historia, con su cuento magistral, Faustino se estaría despidiendo. ¿Sabía entonces que nunca volvería al campo de fútbol?

No puedo saberlo, pero acabo de decidir que prestaré atención siempre. A todo, a lo pequeño, a lo tosco. Sé que la vida te da pistas si estás alerta.

Puede que, con otra boca, con otras manos, la vida vuelva a ofrecerme la oportunidad de entender. Sé que a menudo esconde cosas importantes en lugares insospechados, a veces en recuerdos de los que crees poder prescindir.

Ah, acabo de caer. Mi amigo se llamaba Carlos.

Comienzo

Sólo tenía que levantar uno de los dos pies, a mi elección, y situarlo unos centímetros por delante del otro. Luego vendría todo lo demás.

Sólo había que hacer ese movimiento, el resto sería fácil: lo repetiría con el otro pie, y después de nuevo con el primero.

Pero ese paso iba a doler como el camino entero. Ese movimiento iba a consumir todas mis fuerzas, todas mis ganas, todas mis dudas. Iba a incluir todos los baches, todas las curvas, todas las cuestas. Ese paso era el trayecto entero.

Sólo tenía que poner un pie delante del otro. Sólo tenía que empezar.

Entonces olvidé los baches, olvidé las curvas, olvidé las cuestas, y pensé únicamente que ese paso era también la meta. Y no tuve ninguna duda de que quería esa meta.

Elegí el pie izquierdo, por elegir; cuando quise darme cuenta ya hacía rato que había emprendido la marcha.

Las musas son otras

Las musas son otras. Tienen la misma arena entre los dedos y han sufrido igual o más, pero aguardan con esa serenidad en sus ojos, la que las hace dignas de ser soñadas algún día.

Esperan ese momento a veces con tristeza, pero con el consuelo de saber que les llegará una felicidad relativa y suficiente. En algunas se hace evidente por qué antes o después alguien va a suspirar por ellas: tienen la piel blanca, el cabello ondulado. En otras no; en otras sólo se ve que serán musas por el brillo transparente en sus ojos. Ese algo que las hace merecer ser pensadas.

Pero ella no había nacido para ser musa. Nació quizá para despertar fuertes pasiones que después se apagaban con un violento golpe de viento. Nació para alegrarse por sus amigas musas, nació para escuchar a mil artistas hablar de las suyas, para albergar en sus manos las lágrimas saladas provocadas por otras. Por fuera podía parecer que tenía la gracia y la energía necesarias para ser elegida. Era también bella por dentro, todos aseguraban que no tardaría en ser musa de otros, pero nadie la elegía para sí. Le faltaba el brillo, le faltaba estar hecha de esa pasta. Tener ese aura que tienen las personas que son lo primero para alguien.

Ella no inspiró canciones, no provocó lágrimas, no mereció versos. Las musas están hechas de otra materia, y ella nunca descubrió la fórmula. Lloró y soñó, pero nunca lloraron ni soñaron por ella.

Y no inspiró palabras.

Las musas son otras.